

Calendario de Adviento

David Yeste
01-12-2019. 24-12-2019

Esta mañana ella cogía un tren y yo desperté en casa, con una sensación de eco en las tripas: ese eco que a los imbéciles se nos asoma a los lagrimales con escenitas como la de Sister Act 2, cuando un niño entona un estupendo agudo mientras canta "Oh happy day". Los chicos no estaban, ambos fueron a dormir a casa de unos amigos, y la casa parecía llena de niebla. Intenté leer. Intenté ordenar cosas: la cocina, las camas, la ropa... Intenté escribir. Intenté intentos. Lo único en lo que se solidificaron los intentos fue en extrañeza. En eso, y en un par de películas estúpidas sobre la navidad. O sobre algo parecido. Así ha ido rodando un primer domingo de diciembre. Cuesta abajo, como las bolas de nieve que van acumulando materia a su alrededor, mientras caen. Como yo, últimamente. Cuando esa bola ha perdido su inercia, he pensado en escribir un calendario de adviento. Veremos si es niebla, si es eco. O si es intento.

Hace un mes, más o menos, me operaron de una pierna. Fue algo sencillo, ambulatorio y casi indoloro. Una raja, unos puntos y a casa. Pero luego los puntos se infectaron —ese proceso por el cual la cicatriz adquiere vida propia y se niega a cerrarse como debería—, y he tenido que estar yendo dos o tres veces por semana a que me curaran —ese proceso que consiste en reabrir, hurgar, desinfectar y volver a cerrar—.

Este primer lunes de diciembre he tenido cura. Ya sólo queda un punto rebelde que no acaba de sellar. Un agujero que se niega a perder su comunicación con el exterior, aunque sean unos milímetros. Un pequeño orificio que se empeña en evitar que la herida dimita de su nombre para alcanzar el rango de cicatriz. Como si no quisiera. Como si lo dejara para luego. Escribo "si lo dejara para luego" y es cuando lo entiendo: yo soy de los que dejan las cosas tanto 'para luego', que a veces hago las cosas casi cuando el 'luego' está agonizando. A veces me salen bien —las cosas—, y a veces no. Pero, por generalizar, estoy seguro de que todos vosotros habéis tenido alguna herida de esas que se niegan a cerrarse. De esas a las que os negáis que se cierren. Y si lo hacen, seguro que habéis (he) estado mucho tiempo acariciando la costura, como ese arte oriental —no recuerdo el nombre— que consiste en reconstruir platos y jarrones rotos con una sutura de oro.

Afortunadamente, la enfermera me dice que aún tendremos que vernos dos o tres veces más.

Este primer martes de diciembre he hecho lo que hago la mayoría de los martes: me levanto a las seis y cuarto, me ducho, me visto y conduzco hasta el trabajo —nadie debería conducir por la misma carretera durante veintiocho años—, acabo a las tres, vuelvo a casa, como algo, luego recojo a Aitana y la acerco al conservatorio... Los espero a los dos, hasta la hora de la cena: hay días que, con suerte, hasta charlamos un rato y nos reímos.

Esta tarde, en esas horas en las que no hay nadie más en casa, pensaba en los descampados, ya ves tú qué ocurrencia. Los descampados son esos antilugares de cuando yo era niño, y que ahora están prácticamente extinguidos. Y digo antilugares por oposición a lo que los cansinos denominan "no lugares", ya que los descampados eran, en aquellos tiempos, una patria, un destino, un continente y un escenario. He pensado que deberíamos creer firmemente que uno de los síntomas de todos nuestros problemas, si no una de las causas, es la extinción de los descampados. Llamadlo burbuja inmobiliaria, absurda modernidad, especulación, postureo urbano, o lo que se os antoje... pero ninguna plaza dura, pasaje, espacio multiusos o equipamiento de desahogo vecinal, es comparable al lienzo en blanco del descampado. Ya veis qué cosas le dan a uno por pensar.

Será que los chicos están cada vez menos por casa. Será que los días son cada vez más cortos, o más escasos en lo venidero. Será, en fin, que hacerse viejo viene siendo similar a cultivar, aunque sea dentro de las costillas, tu propio descampado.

Es miércoles y llueve. Aunque ando, como casi siempre, sin paraguas, aunque la gente parece volverse loca cuando caen cuatro gotas, aunque aumentan los atascos, aunque el maldito limpiaparabrisas no va bien (¿nadie pensó en inventar un limpiaparabrisas que limpie también los cristales por dentro?), aunque me imbecilizo —literalmente— con la lluvia... No es algo que pueda evitar. Ni quiero. Debe ser la sobreexposición a miles de canciones —ya sabéis, eso de "nanianooo in the rain"—, películas o libros. Quién sabe. Incluso algunos lectores de esas cosas que escribo me dicen que la lluvia es algo muy presente en mi obra (digo mi obra, y debe ser literal, porque tengo goteras en la cocina).

Hoy he vuelto al ambulatorio, por motivos ya expuestos en este calendario. De hecho escribo esto desde la sala de espera. Como pasa siempre que llueve, el parking subterráneo cercano estaba abarrotado, y en el último sótano sólo quedaba una plaza libre. Estrecha como un desagüe. Allí he aparcado, momentos antes de comprobar que me resultaría imposible abrir la puerta del conductor con un ángulo suficiente como para sacar del coche toda mi humanidad. Así que he tenido que llevar a cabo la inusitada maniobra de pasar del asiento del conductor al del acompañante (se llama así, aunque generalmente está desierto, sin nadie que acompañe) y salir por la otra puerta. Para la mayoría de vosotros resultaría algo sencillo, pero, en mi caso, mejor os ahorro el laborioso proceso, los golpes en la cabeza, la avezada palanca de cambios clavándose en mi genitalidad, etc.

Subiendo las escaleras, a vueltas con mi dificultad de moverme en espacios pequeños (incluso de moverme mucho) pensé en mi doctora, mi médico de cabecera, como se suele decir. Ella afirma, contundente pero amable, que para que mi salud mejore, debo deshacerme de un tercio de mi persona. Sé que tiene razón, y que más pronto que tarde tengo que ponerme manos a la obra (la de la gotera no, a ésta). Me asalta la duda, sin embargo, de qué pasaría si, bajando un 33% de mi peso, eliminase, a la vez, la mejor parte de mí mismo: ¿aumentaría un tercio mi maldad? ¿perdería un tercio de mi ya escaso talento? ¿se reduciría en una tercera parte mi raciocinio? ¿bebería Cruzcampo? ¿votaría a Vox?... No, en serio. tengo que ponerme a ello.

Igual hoy es un buen día. Los miércoles son siempre un buen día. Y encima, hoy, llueve.

Las manos. Siempre fui bueno con las manos. Eso me dijeron. Eso creo. Soy un zurdo de esos que dibujan más o menos bien —nunca estudié artes, ni nada parecido—, pero todo lo relacionado con emplear las manos para hacer cosas, se me daba. Así hice algunos cómics, algunos oleos, muchos dibujos, aprendí a tocar decentemente algún instrumento, moldeé o construí. Eso sí, todo ello cosas que no me reportaron ningún beneficio crematístico pero que, en el momento que las hacía, me merecían la pena. Como si las manos fueran a su aire, como si yo fuera tan solo un tipo pegado a dos manos que operan con autonomía. Incluso alguna mujer me dijo que las caricias eran soberbias. O eso quiero recordar.

Me viene a las manos cuando fabriqué un teatro de marionetas para Víctor. Debí ser la navidad de 2003, él debía tener dos años. Labré maderas, dibujé decorados, lijé, pinté, encolé, esculpí personajes, cosí mini vestidos, fabriqué... No voy a pecar ahora de falsa modestia: lo cierto es que quedó precioso. Incontables las horas, claro, en el estudio, intentando tapar todo para que él no lo viera cuando acudía trastabillando por el pasillo. La paga para mis manos fue verlo sonreír la mañana —de navidad, o de reyes, o de su cumpleaños... mis manos no recuerdan— que lo encontró montado en el salón.

Víctor acaba de hacer 19, hace unos días. El teatrillo duerme hace lustros en una caja en un armario —por supuesto, lo construí de manera que se podía desmontar fácilmente—, con alguna cuerda de alguna marioneta rota, con alguna esquina desportillada. Y mis manos se dedican ahora, casi con el mismo impulso y la misma autonomía, a intentar escribir, a aprender a hacerlo, algo parecido a la poesía.

No sé si mis manos también son buenas en eso, pero tal vez —me cuentan, mis manos, las veces que se agarrotan— resulte que escribir poesía se parezca bastante a construir un teatro de marionetas para tu hijo, y que acabe durmiendo su eternidad en la oscuridad de un rincón del armario.

¿Qué igual es una trampa eso de escribir tres entradas de un calendario en una sola? Es posible. Es más que cierto. Pero lo cierto es que lo olvidé. O pensé: luego lo hago (y luego no lo hice). Y seguramente —creedme: si buscáis la definición de "procrastinador" en un diccionario, encontraréis mi foto al lado—, esté escribiendo la entrada del calendario de adviento correspondiente a hoy (y a ayer, y a anteayer), en lugar de estar haciendo otra cosa más importante, más urgente, con más mayúsculas, o con palabras de más boato. En fin...

Fui al cine, ayer. No. Anteayer. Vi una película francesa de personas que, como yo, tienen problemas del primer mundo: no hay hambre, hay tristeza; no hay bombas en tu calle, hay desengaño; no hay miseria o crímenes arbitrarios, hay spleen o algo así. Se salva de la quema, la película, por los efectos especiales de los ojos de Marion Cotillard. Luego salí a la calle y se me echó la navidad encima: por muy avisados que estemos por los spots televisivos o los lineales de los supermercados, el primer encuentro anual con calles hiperiluminadas, tiene su qué. Y sí, al salir del cine pensaba en si me daría tiempo, al llegar a casa, de escribir una entrada de este calendario. De hecho me dio, tiempo, pero, de hecho, no lo hice. Ni al día siguiente tampoco. Igual pensaba que no valía la pena. Igual pensaba que ¿para qué? o aún ¿para quién? Pero sí. Aquí vengo, con la trampa de resumir en una entrada las de tres días. Sólo porque he pensado que si no lo hacía ahora, mañana tampoco me saldría. Ni pasado. Que igual, hasta se me olvidaba, esto de escribir. De escribirte.

Escribo olvidar y, como siempre que lo hago, me asaltan las diatribas sobre el proceso del olvido ¿cómo se olvida? ¿cuál es el mecanismo, o el componente químico? ¿se olvida uno del sabor de algo que le guste mucho? ¿se pierden en la memoria los acordes de aquella canción? ¿olvidan las manos un cuerpo o una sombra? Vale... paro, paro. Una más ¿en qué afecta mi excelsa procrastinación en el olvido que genero a mi alrededor?

Escribí en un libro "Hoy sé / por fin / por qué escribo./ Escribo para olvidarme de mí / o para que tú no lo hagas". Así que, si tenéis alguna idea, me explicáis. Si tenéis alguna pregunta, lo hablamos.

Hay gente que puede leer una partitura como si fuera un texto, incluso escribirla como si se la dictasen. Mis hijos, pueden. Yo no, estuve a punto de lograrlo, pero lo olvidé. Mi abuelo sabía leer la humedad en una racha de viento, o discernir en el aura del sol o de la luna, para hacer un pronóstico meteorológico acertado. Luego hay otros afortunados que leen caras o expresiones, y adivinan el estado de ánimo, o el carácter, del sujeto observado. Algunos incluso —los envidio— leen el mundo como si fuera un mapa: conducen una vez hasta un lugar, y recuerdan para siempre el trayecto, los cruces y los detalles.

Yo sólo sé leer. Me enseñó mi padre cuando yo era muy pequeño y el mundo sabía a nuevo y a lápiz, por ese orden. Dos o tres años. En serio. Se sentaba conmigo y me mostraba cómo era eso de encadenar unas letras con otras y así. Luego me dijo que leyera cada día la página de un libro —no diré de cuál—, y se la explicase cuando volviera del trabajo. Y eso hacía. Y por eso, los primeros días de preescolar (parvulitos, lo llamaban, aunque no me creáis), yo tenía la sensación de ser un alienígena en medio de un coro de niños que gritaba "LAPÉCONLAÁ... PAAAAAAA", y esas cosas. No era demasiado listo: sólo supe leer antes. Leer desde tan niño estaba bien y mal: los tebeos duraban muy poco, los cuentos menos, y todas las etiquetas de gel y champú decían contener "acqua". Luego leí los libros de casa, y después algunos de los de la biblioteca del barrio. Hasta mi madre me dejó apuntarme, durante un tiempo, al Círculo de Lectores, con la condición de que sólo pidiera dos al mes. Total, que leí mucho, y leí muy mal: me enseñaron a leer, pero no qué leer. Creo que aún no sé. No tiene ningún mérito. Todo el mundo lee. Algunos leen mucho. Muchos leen más que yo. Y mucho mejor.

Venía pensando todo esto mientras conducía de vuelta a casa (leyendo las señales y los carteles que voy a olvidar enseguida), y se me ocurrió que igual debo coger un libro cualquiera (que no sea mío), leer una página y llamar a mi padre para explicársela. O llamar a mis hijos para que me lean una partitura.

"Escribir algo que merezca la pena, o no escribir nada". —pienso, tal vez en un remedo de aquella canción de Manolo García sobre decir cosas o quedar en silencio—. No sé. A pesar de lo que pueda parecer, no me tengo por un incontinente, pero... ¿no sería algo parecido a no abrir un grifo, a pesar de estar muriéndote de sed, no sea cosa que el agua tenga un poquito de sabor a cloro? Quiero decir, ¿yo que coño sé si lo que voy a escribir merece la pena antes de escribirlo? Vale, vale... Los más avezados diréis algo así como "coño, escríbelo en un papelito y si no mola le pegas fuego, o haces montañitas románticas de escritorzuelo con bolas de papel en tu papelera". Es una opción tan literal —o tan poco literaria— como abrir un poquito el grifo, echar un trago, y al detectar el mínimo atisbo de mal gusto en la boca, escupirlo con profusión y aspavientos afectados. El resultado es casi el mismo que si no hubieras abierto el grifo: continúas sediento hasta que, por obra de vete tú a saber que magia, al octogésimo cuarto intento el agua te sabe a purísimo manantial de las nieves imperecederas (si es que tal cosa acontece).

"Escribe, coño, aunque sea una mierda, y si tienes sed, te bebes una cerveza" —pienso un rato después, tal vez inspirado en algún abuelo un tanto punky. No me hagáis mucho caso, creo que estoy un poco presionado. En unos días, en unos de los talleres de lectura que habitualmente realizo en diferentes bibliotecas, tengo que presentar/ entrevistar / conversar con / lo que sea / a un peso pesado de las letras. Un peso pesado de verdad, de los que tienen eso de escribir como oficio (único). Veremos cómo sale. Casi siempre, cuando tengo algún evento así, a los cinco minutos, la estrella en cuestión ha desmontado todos mis prejuicios (sí, digo que soy moderno y cultivado, pero tengo prejuicios igual que tú) y todo fluye. Pero hasta que no pasen esos cinco primeros minutos, pues ando algo de los nervios. Ya os contaré (a no ser que prefiráis que sólo cuente cosas que merezcan la pena).

"Merecer la pena es algo contradictorio" —pienso. Y pienso que esa expresión debe ser herencia de nuestra tradición judeocristiana, con todos sus hilos de pecado, culpa, penitencia, redención, etc. Conseguir algo a base de sufrimiento para luego decir "ha merecido la pena" es bastante triste, creo. Es una mierda, afirmo. Es como tener sed y no abrir el grifo por si acaso sabe a cloro.

Ha vuelto a hacer frío, en este segundo martes de diciembre. Cómo pasa el tiempo y todas esas cosas. Ya ni nos acordamos del 10 de diciembre, como aquel que dice. Habrá que abrigarse y tomar pescado azul. El caso es que hoy he tenido una buena noticia —una noticia que aún no es definitiva, pero no por eso deja de ser buena—, que afecta a una de las dos personas que más quiero. Es curioso: las buenas noticias también tienen su vértigo, su lado afilado, y sus ecos discordantes. La cabeza se dispara —siempre lo hace, sea buena o mala, la noticia— recalculando rutas, evaluando consecuencias, imaginando esperas, diseñando morriñas o tramoyando escenarios futuros, más o menos improbables.

Eso pasa así, de la misma manera que pasa con las decisiones: que no tenemos CTRL + Z, undo, deshacer, o como quiera que se llame en vuestro sistema informático esa acción de volver a un punto anterior a lo que acabas de hacer, al error que acabas de cometer. ¿Imagináis? ¿Cómo sería vuestra vida si tuvierais a vuestra disposición ese botoncito? Ese golpe con la columna del parking estaría resuelto. Ese mensajito inoportuno después de la no menos inoportuna 'última' copa: solucionado. Esa ventana rota después de un mal remate: impoluta. La vez que pediste una cerveza, te pusieron una Cruzcampo, y no te quejaste, arreglado... O sea, una vida con undo. Una vida con una segunda oportunidad ante cualquier error, por nimio o catastrófico que este fuera.

Antes de que sigáis haciendo volar vuestra imaginación con todas las bondades —y maldades, perillanes— que obraría en vuestro bienestar tal dispositivo, os diré mi opinión: NO!!. Y no por el consabido "errare humanum est", sino por todo lo que dejaríamos de aprender si nunca nos enfrentáramos a ningún error. Creo. No estoy seguro. Que igual me equivoco. Y no sé lo que aprendería de esta equivocación... ¿Veis? Ya está la cabeza disparada. Debe ser que ha vuelto el frío.

CALENDARIO DE ADVIENTO, 12/12/20119 (pasan unos minutos).

La gente que sabe es la más normal. La gente que sabe mucho y ha hecho muchas cosas de mérito y talento, son más normales aún. Es gente tranquila, pausada y nada pretenciosa. Es gente que, a pesar de poder pavonearse como un gorila alfa por todo el bagaje, por todo lo vivido y por todo el reconocimiento que acumulan sus años y sus espaldas, son humildes, cercanos, y muestran su obra de la misma manera que un panadero artesano mostraría su hogaza de un jueves cualquiera. Eso es. Me gustaría ser así, algún día, cuando sea viejo (más viejo), si es que llego algún día a hacer algo que merezca la pena.

Hoy he tenido la suerte de compartir un rato en la biblioteca en la que, mensualmente, conduzco un taller de lectura, con Feliu Formosa (hombre de teatro, poeta, traductor, más de 20 obras de creación, más de 120 traducciones, todos los premios que podáis imaginar, nacionales e internacionales). Ha sido como conversar con un viejo amigo, con un antiguo profesor, o con un compañero de trinchera. Un hombre que dice que lee porque no puede hacer otra cosa, que traduce porque le apasiona, y que escribe para explicarse. Un hombre que escribe en su dietario "*El present vulnerable*" que *«M'agradaria ser un trapezista de circ que cada dia sorprèn el públic amb la dificultat del seu exercici, que practica la concentració en un estat pur, que porta un nom que no és el seu (distanciament màxim: la persona queda al'ombra), i que un dia pot acabar d'una caiguda davant del seu públic.»* (traduzco: «Me gustaría ser un trapezista de circo que cada día sorprende al público con la dificultad de su ejercicio, que practica la concentración en un estado puro, que lleva un nombre que no es el suyo (distanciamiento máximo: la persona queda a la sombra), y que un día puede acabar con una caída frente a su público».

Honestidad, modestia, magia y misterio. Tanto por aprender,

Viernes, 13 de diciembre. Para unos, es un día de mala suerte, de malos augurios — un viernes 13 de 1307 el rey Felipe IV de Francia, con el apoyo del papa Clemente V, ordenó detener a todos los Templarios del país —. Para otros, la mala suerte acontece en los martes y trece —Marte es el dios romano de la guerra y, aparte, la leyenda dice que un martes 13 se produjo la confusión de lenguas en la Torre de Babel, sin la que sería todo muy aburrido—. Y... ¿para qué coño, diréis, viene este listo a iluminarlos sobre el trecismo, si es que tal corriente existiera? Para nada. Yo quería hablar del viento... pero me lío.

Seguramente me lo parece a mí, pero los días de vendaval el mundo parece nuevo: los bordes de las cosas están afilados, los cielos homogéneos (si hay alguna nube es veloz y alargada), y los colores se me antojan sólidos, sin degradados. Luego están los efectos especiales de los días de viento: todo lo que es flexible se cimbreo, todo lo que tiene vocación de vela se enorgullece, incluso las banderas pierden su capacidad comunicativa por la sobreactuación (cosa que estaría bien que pasara todos los días). Luego, si se da el caso — como hoy— que sopla el viento en un día de otoño tardío, están las hojas de los árboles, las ramas rotas, los papeles, y las bolsas de plástico... Todo ello consigue que mirar por la ventana se asemeje a asomarse a un fondo submarino repleto de criaturas flotantes. Y eso sin aludir a la banda sonora, como de sección de metales de ópera wagneriana.

Mención aparte merecen los transeúntes (cómo me gusta la palabra Transeúntes): a algunos se les alborota el pelo, a la mayoría se les infla la ropa —algunos afortunados de aleteos de faldas, incluso, si me permiten la apreciación—, no son pocos los que caminan inclinados dentro de sus quechuas tal y como si enfrentasen a una tormenta de nieve, justo antes de hacer cumbre en el K2... Y todos comparten el gesto de entornar los ojos. Entornar los ojos como para ver la mitad, como para perderse parte del espectáculo, como tocar a tu amante con una sola mano. Un gesto reflejo, debe ser, como para proteger las órbitas de cuerpos extraños, polvo, etc. Bueno, protegernos de los cuerpos extraños (incluso de los polvos extraños, diría) es algo que no deberíamos haber aprendido.

Ya sé, ya sé... mi masa y mi impedimenta son de tal calibre que hacen del todo imposible que se me lleve el viento, a pesar de ser viernes 13, con sus augurios. En cualquier caso, como esa cometa tan trópica en la literatura, a la que se le rompe el sedal y vuela libre, etc., etc., a mí me gusta, en días cómo hoy, salir un rato a que me dé el viento. A tomar viento, vaya.

Un sábado lejos. Un sábado de pasear un rato, sólo, por mi pueblo, de mirar escaparates viéndome en los cristales como alguien que casi se ha rendido. O no. Un sábado de mirar el teléfono, de sentarme en una terraza de una plaza a ver, durante, una hora como pasa la vida en ese tiempo suspendido anterior a la navidad. De vuelta a casa he visto una pintada en una pared. Rezaba algo así como que "la felicidad está fuera de tu zona de confort". He estado a punto de hacerle una foto.

Creo que lo había leído antes, por ahí. Incluso debe haber más de un libro, aparte de miles de tazas de Mr. Wonderful, o así. Sal de la rutina, explora tus límites, busca más allá, deja atrás tu zona de confort, en definitiva. Llama la atención, sin embargo, que, por naturaleza busquemos el confort, en lo que de animalidad nos queda: nos refugiamos si llueve o hace frío, nos alimentamos cuando tenemos hambre, o agachamos la cabeza cuando hay un tiroteo... Oí decir a un sabio divulgador algo así como que "la felicidad es la ausencia de miedo". De la misma manera, creo, ordenamos nuestra vida buscando el confort: nos educamos, generalmente, en función de nuestras preferencias, procuramos un techo para nosotros o para los nuestros, llenamos la nevera, incluso se ha puesto de moda eso del 'wellness' (los daneses inventaron el "hygge" hace siglos, a saber: abrígate, ponte unas velas, toma un chocolate caliente con quien tú más quieras). Pues ahora resulta que hay que salir de la zona de confort para ser feliz.

Que sí, que sí... que un viajero /aventurero /culoinquieto /picaflor /noestoycontentoconloquetengoybuscootracosaycuandolaconsigomehartoenunplis puede ser muy feliz, pero para él, eso es su confort. Es decir, que para ese "outconfortzoner", salir de su zona de confort sería ganar una oposición a auxiliar administrativo en una notaría, o un puesto de por vida en la planta de caballeros del Corte Inglés, no? Pues haciendo lo que hace, no está saliendo de ningún sitio. Está haciendo lo que le va viniendo en gana. Como todos.

En cualquier caso, faltaría: que cada uno haga lo que le venga en gana. Pero —aviso a navegantes— si a mí me da por definir mi zona de confort como unas risas con mis hijos, una buena conversación con mis amigos, una idea para escribir, un rato con una guitarra, o

ese momento en el que, sin venir a cuento, ella viene y me abraza... Quien intente sacarme de esa zona de confort, tendrá que vérselas con la zona que ocupan mis puños en el espacio.

Buenas noches.

CALENDARIO DE ADVIENTO, 15/12/2019.

Segundo domingo de adviento ¿se dice así? No he pisado la calle en todo el día. De hecho, escribo esto con el pijama con el que me levanté. A veces están bien días así, de pocos pasos, de mucho libro, algunos fogones y muchos propósitos de esos que, a medida que va cayendo el sol, vas incumpliendo sistemáticamente con una sonrisa en el rostro.

La lavadora duerme el sueño de los justos, los papeles conservan su caos soberano, y los mails planeados a editoriales y programadores de recitales siguen en la recámara electrónica (por cierto, si alguno está leyendo esto, me va bien cualquier día, menos los martes y los jueves, oído?). Ya lo haré mañana, si eso. Hoy no. Hoy es día de procrastinar a un nivel tal que hasta estoy seguro de que procrastino en este calendario, repitiendo temas y tópicos. Está bien. Nada profundo y nada soberbio: dejar pasar las horas sin preocuparse demasiado por si pasan o no. Os lo recomiendo. No para siempre ni para todas las circunstancias. Especialmente lo recomiendo a los empecinados en llevar todas las tareas al dedillo y al reloj, a los de ningún mail pendiente de leer, a los de... bueno, ya sabéis, no voy ahora a malgastar todo el esfuerzo que he ahorrado hoy en describirlos.

Eso es todo. Voy a acabar lo que le resta al domingo haciendo algo importantísimo: nada.

Iba a escribir este lunes que hoy he acabado un libro. Un poemario. Iba a contaros que este 'Tuétano y ceniza' es el que más me ha costado escribir: más tiempo, más concentración, posiblemente menos inspiración (cosa en la que no creo demasiado), más dudas sobre el resultado. Iba a deciros que sí, que he acabado, que hay que pasar el cepillo, corregir, ordenar, pero que no tengo ni idea de lo que va a pasar con él (como ocurre con la mayoría de las cosas que escribo). Iba a deciros, también, que no me quejo: no conozco a casi nadie en este mundillo —agradezco a mis editores y lectores a los que siempre acabo llegando de forma casual—, no tengo tiempo para esa apretadísima agenda de las relaciones, presentaciones, etc., y me suena a ciencia ficción cada vez que leo a un autor diciendo algo así como "tal editorial me pide que les escriba esto o aquello", o "mi editor me ha encargado una cosa sobre...". Olé ellos.

Pues iba a explicaros todo eso, pero mientras lo pensaba, me ha venido a la cabeza el síndrome del impostor, el cual creo padecer: ese fenómeno psicológico por el que algunos somos incapaces de internalizar nuestros logros y sufrimos un miedo persistente a ser descubiertos como un fraude. Dicen que no es un trastorno, como tal, pero yo camino siempre esa cuerda floja de que alguien 'de los que saben' venga un día y me diga: "Mira chaval, no tienes ni puta idea, y esto que haces es una mierda". No es el miedo a que opinen mal de lo que escribo, cosa muy respetable, sino al temor, fehaciente, de que realmente no llega, no vale, no sirve, no alcanza (es algo así como la Cruzcampo de las letras). Es complicado: no me paraliza, pero me rodea. No sé si me explico, seguro que no, no sé explicarme, no sirvo, no me aclaro... y eso.

En la otra orilla del síndrome del impostor encontramos el efecto Dunning-Kruger. Se trata un sesgo cognitivo, según el cual, individuos con escasa habilidad o conocimientos muestran un sentimiento de superioridad ilusorio, considerándose mejores que otras personas más preparadas o talentosas, midiendo incorrectamente su habilidad por encima de lo real. Todos conocemos algunos aquejados de ese efecto: van a todos los saraos, conocen hasta al último redactor del más remoto blog literario, despliegan su cola de pavo real a la más mínima, y suelen —a poca conversación que les des— poner verde a todos, excepto a sí mismo y a sus apóstoles. Y les va bien. Y tienen agente. Y eso. Pero a los Dunning-

Kruger, como a todos, hay que valorarlos por lo que hacen, y todos conocemos ese momento de abrir uno de sus libros, leer algo, y dudar si tu puto síndrome del impostor te ha nublado el conocimiento y la capacidad de asombro, o el brillo de su efecto no te deja ver el sol.

Sea como sea, iba a contaros una cosa y os he contado otra. Y mañana toca, de un modo u otro, empezar a escribir otro libro.

Buenas noches.

Hoy he ido en tren. Hacía mucho tiempo que no cogía uno. Desde el verano, o así. Me gusta mucho ir en tren. Mucho más que ir en coche, infinitamente más que ir en avión. Por ejemplo: te puedes levantar, hay pasillos, da igual si hay mucha gente, las ventanillas son espejos en los túneles, hay barras para agarrarse, las puertas son como putas guillotinas automáticas, se paran cada poco rato para recoger o expulsar viajeros. Y hay estaciones. Y andenes. ¿Hay algún territorio mítico más maravilloso que los andenes? Piénsalo. ¿Qué sería del mundo sin andenes?

Una vez escribí un cuento de un tren subterráneo de recorrido orbital que se averió de tal forma no se paraba nunca, y la gente que viajaba en él fundaba una civilización itinerante: adecuaban los vagones como escuela, dormitorios, etc., establecían castas, y pasaban las generaciones hasta que nadie recordaba una vida inmóvil, sin traqueteo. También aparecen multitud de trenes (y andenes) en mis poemas. Cuando yo era pequeño —todo lo pequeño que recuerdo haber sido— y mi padre aún no tenía carné de conducir, íbamos al pueblo en tren: cogíamos aquel mastodonte verde en la Estación de Francia de Barcelona, que tardaba unas 35 horas en llegar a nuestro destino en la provincia de Granada. Si la paga extra de verano de mi padre no había estado mal, sacábamos billete de literas: el compartimento se transformaba en un dormitorio para seis personas: no había tapicería de esa clase (segunda, para ser exactos) en mi casa, ni remates de latón dorado en las ventanas y los ceniceros, ni siquiera portaobjetos de red trenzada... y encima se movía! Mis padres llamaban a aquel tren, en aquellos primeros 70, el Borreguero. Curiosamente, y aunque en mi pueblo hace décadas que no hay estación, el tren que hace ese recorrido se llama Expreso Federico García Lorca... qué cosas.

Hoy fui en tren a verla. Fui en tren el día que la conocí. Luego fui muchas veces a verla en tren hasta Plaza Catalunya, o Gal·la Placidia, o a otras estaciones. Ya me gustaban los trenes de antes. Que conste.

CALENDARIO DE ADVIENTO, 18/12/2019.

Tercer miércoles de adviento. Tercero y último, creo: el próximo será día de navidad, y creo que la navidad ya está fuera del 'adventus Redemptoris', aunque doctores tiene la iglesia y no me voy a meter yo en esos fangos.

Hoy esperaba yo una llamada. De esas llamadas que esperas aunque sabes que no van a producirse —chequeas el teléfono, compruebas que tenga el volumen de la llamada, vuelves a comprobarlo...—. No diré sobre qué era, ni quién era el/la que, presuntamente, debía marcar mi número. Es lo de menos. Lo que cuenta es que, a veces —la mayoría de las veces— esas llamadas no suenan. Son una posibilidad que sólo existe mientras la esperas. Lo que cuenta es la posibilidad. Lo que cuenta también, en cierto modo, es la espera: te imaginas recibiendo las consecuencias de esa llamada, y todo está ocurriendo según tu imaginación. Claro, lo que cuenta es la imaginación. Las consecuencias no: las consecuencias no cuentan porque no tienen un lenguaje, ni siquiera de signos. Es un proceso aproximado a la botella del naufrago. Ya sabéis a qué me refiero: escribe algo, lo mete en el último recipiente que le queda en su isla (aunque sea un casco de Cruzcampo), y lo lanza a las procelosas aguas a la espera que llegue a su destinatario. Lo que cuenta es lo que escribe. Y que lo escribe. ¿Me explico? Si no me explico, no os preocupéis: eso no es lo que cuenta. Lo que cuenta, al final, es que lo cuento. Que te lo cuento.

Yo, que lo cuento desde mi naufragio, desde mi espera, desde mis cada vez más escasas posibilidades —imagino—, y lo escribo. Y lo cuento. Sin consecuencias.

Bona nit.

CALENDARIO DE ADVIENTO, 19/12/2019.

Los jueves son, casi siempre, un día malo. Yo ya me entiendo. Seguramente es el día de la semana con más ruido dentro de la cabeza. Yo soy de ruido. De ruido constante y, probablemente, inconsciente.

Llevo desde hace treinta y cinco años tocando en bandas de garaje, en locales de ensayo y algunos —pocos, vale— bolos, casi todo ello a un volumen considerable. Últimamente ensayamos tirando a poco, pero bueno. También llevo los mismos años, o más, durmiendo con la radio encendida. Toda la noche. Luego me pasa, por la mañana, que sé cosas que no sé por qué las sé. Supongo que las he escuchado mientras dormía (noticias, cosas inconexas, melodías), y cuando las oigo, por ejemplo, en el coche, sé lo que van a decir antes de que lo digan. No creo que sea nada extraordinario. Seguramente es perjudicial para la salud, eso de que el cerebro no descansa del todo, y siga dedicando una parte que debería estar dormida —o subconscientada, si es que existe esa palabra— a procesar lo que va contando el transistor. El caso es que me cuesta dormirme si no escucho la radio.

También, en casa, suelo tener la tele encendida mientras voy haciendo cosas: cocinar, escribir, leer... Para limpiar no me pongo la tele. Para limpiar me pongo el *Difficult to Cure*, de los *Rainbow*, y lo que dura el disco es lo que tardo en limpiar el piso. Así, cada tarea o habitación tiene asignada una canción del álbum: "I Surrender" para barrer y limpiar el polvo de la parte de arriba, "Spotlight Kid" para la terraza, "No Release" para las escaleras... y así hasta que el "Difficult To Cure" me acompaña a guardar las escobas y demás con el punteo de Ritchie Blackmore.

Incluso cuando salgo a caminar, o a pasear, suelo llevar los puñeteros auriculares oyendo, indistintamente, la radio o cualquier disco viejuno. A lo mejor es que me da miedo el silencio. Puede que me asuste meterme en la cama sin nada de ruido alrededor. Cabe la posibilidad de que me busque un ruido exterior para no escuchar el puto zumbido dentro de mi cabeza cada vez que no hay otro ruido que lo acalle. Probablemente tenga que quitarme. O bajar un poco la dosis. Igual entre eso dentro de los propósitos para el año nuevo. Pero hoy no, que hoy es jueves.

Shhhht.

CALENDARIO DE ADVIENTO, 20/12/2019.

Viernes, muchos de nosotros tomamos hoy vacaciones. Y casi todos andamos dándole vueltas a las reuniones familiares —donde las haya—, a los menús y a los manjares de las mesas. Siempre nos asalta esa sensación dickensiana del desequilibrio entre las mesas opíparas y las que no son tan afortunadas. Pero no voy a hablar de eso. O no hoy.

Me gusta cocinar. Me gusta guisar, mejor dicho. Para otros. Cuando estoy sólo me apaño con cualquier cosa —tampoco hablaré hoy de mi sobrepeso, etc.—. Pero me gusta preparar comida para los míos, o para otros. Y, sin falsa modestia, creo que tengo cierta gracia. Se me da bien, me lo veo hecho y, más o menos, consigo cosas decentes con lo que haya en la nevera o en la despensa. Un día escuché a un chef famoso, creo que fue Luís Adúriz, decir que el ingrediente principal de cualquier cocina es la memoria. Eso debe ser: a mí me enseñó la Carmela, mi madre. De esas mujeres capaces de rellenar una mesa con viandas de todo tipo hasta que se caigan por los bordes. De esas que convierten lo más humilde en algo memorable. Da igual si son las migas que preparaba en una fogata a pie de olivo cuando íbamos a recoger la aceituna, que un menú de nochebuena —excursó: en mi barrio, Ca n'Anglada ciudad sin ley, en nochebuena todas las casas olían a gambas, todos los bloques olían a gambas. Las gambas son la nochebuena del proletariado—, o el sempiterno puchero haciendo tiritar la tapa de la olla desde las siete de la mañana. Igual debe ser que yo aprendí de eso. Igual debe ser que todos los chefs aprendieron de sus carmelas particulares. Igual hasta escribo así, un poco, también.

En cualquier caso, no se me ocurre ningún acto de amor mayor que dar de comer a alguien que quieres. Ni escribirle, ni comprarle un diamante, ni llevarlo de viaje, ni ponerle una mercería... Desde un plato con setecientas elaboraciones a unas papas con huevos, pasando por abrir una lata de lo que sea (excepto de Cruzcampo).

Venga, cada uno a sus pucheros. Yo espero, alguno de estos días, batirme el cobre, codo a codo con mi Carmela, compartiendo su cocina en Ca n'Anglada... veremos si hay gambas.

Sábado. Pasado mañana, nochebuena. Esto se acaba, casi. En un rato me voy a mi cena de empresa particular. Lo mejor del caso es que no se trata de ninguna empresa. O mejor sí, se trata de una empresa en la que vale la pena invertir: me voy a cenar con los tipos con los que llevo más de tres décadas tomando café todos —casi— los sábados del mundo. Algunos somos familia, a otros los conozco de toda la vida, del barrio, del instituto, de compartir ensayos, etc.

Ni siquiera somos una gran empresa. Seremos seis. Tal y como hacemos un par de veces al año, comeremos bien, beberemos mejor, charlaremos y sacaremos brillo a los recuerdos, mientras sembramos otros nuevos. Y nos reiremos. La risa es la razón de ser de esa empresa nuestra. La risa y saber que cada sábado, casi sin avisarnos, alguien estará en el bar de siempre, sobre las cuatro y media, y tomaremos café.

Luego, si la cosa va bien —casi seguro—, y aunque alguno quiera rajarse, acabaremos en algún lugar, de los pocos que quedan, donde echen algún concierto, donde haya gente subida a un escenario tocando instrumentos de verdad, da igual si bien o mal. Brindaremos como hacemos siempre por la siguiente ocasión, mirando de reojo a la camarera, o saludando a abrazo partido a los viejos veteranos de las salas de conciertos. Luego, alguno acabará un poco achispado, y habrá que sacarlo a la puerta para que se airee, y darle conversación. De esas conversaciones que arreglan el mundo en un plis y se graban a fuego en el libro de historia de los cafés de los sábados por la tarde.

No invirtáis en esa empresa si tenéis planeada una alta rentabilidad. Nosotros no arrojamos dividendos. Nosotros nos vemos —casi— todos los sábados del mundo, un rato, para echar un café. Hace tanto tiempo que lo hacemos que ya no echamos cuentas de inversiones ni de dividendos. De risas. De risas, sí. Para eso lo hacemos.

Llegué bastante tarde anoche. Salimos del club relativamente más derechos que en otras ocasiones, después de celebrar el solsticio de invierno. Muchas risas en la puerta. Establecimos nuestro propósito por si hoy nos tocaba la lotería: montar una sala de conciertos de rocanrol que se llamaría "Las Campanas de Linares", en la que sólo tocaría quien a nosotros nos diera la gana, y en la que, a cada hora, un enano vestido de Thor martillearía una campana gigante (eh!, que nadie nos acuse de acondroplastifóbicos, que bien que lo flipabais todos con el Tyrion de juego de tronos, ok?)... cosas que se dicen en las puertas de los bares.

Me dejaron en la esquina de casa. Al salir del coche olía a humo, y al doblar hacia mi portal vi un fogonazo. Una cosa extraña, como cuando en las películas pasa todo en cámara lenta: uno de los contenedores que se apilan justo debajo de mi ventana estaba en llamas, y el fuerte viento propagaba el fuego a los otros, y casi al coche cercano. Me cambié de acera, como hipnotizado, y llamé al 112. No tardaron mucho, primero la policía local, luego los bomberos, pero durante ese lapso —mientras veía cómo las llamas se acercaban moderadamente a mi piso, y la humareda lamía las ventanas—, tuve tiempo de pensar en la lotería. En como podía estar hoy en la calle, sin paredes ni techo para mis hijos o para mí, y con todos mis libros y todas mis guitarras reducidas a cenizas. En cómo podía tener un bonito piso incendiado, aún debiendo más de seis años de hipoteca. Incluso pensé en consultar mi póliza de seguros, por si acaso ese caso estuviera cubierto, o algo. Qué cosas le da a uno por pensar delante de una fogata.

No tardaron ni tres minutos, los bomberos, tan eficientes, en reducir las llamas a humo, primero, y a una neblina pestosa, después. Los contenedores se habían convertido en una masa informe de plástico deshecho, y el coche de al lado tenía el parachoques y las tulipas de las luces fundidas. Luego, subí a casa y estuve un rato mirando ese bodegón desde la ventana, a las tres y media de la madrugada.

Total, que no nos ha tocado la lotería hoy —nos quedamos sin nuestro club de rock, seguimos pagando la hipoteca, y mi "Gibson Les Paul Gold Top 56 Reissue Darkback" tendrá que esperar—, pero tampoco se me ha quemado nada. Y encima, hoy he ido a verla y, como está resfriada, le he cocinado una crema de calabaza y zanahoria con curry y jengibre que ha salido de vicio.

Es lunes. Víspera de nochebuena. No sé si hay un nombre para el día antes de nochebuena. Debe ser que no. No hay nombres para los días que son víspera de una víspera. No hay nombres concretos, me refiero, pero siempre le podemos llamar "el día antes del día de antes de...", concatenando hasta el infinito. Hay muchas cosas que no tiene nombre. Y hay otras que no deberían tenerlo.

Esta mañana me dediqué a pasear, después de una visita al centro de atención primaria, por mi ciudad. En esta víspera de una víspera todo el mundo se había echado a la calle. Faltaba la nieve para que pareciera una intro de una peli cualquiera de Robert Zemeckis de los ochenta: musiquilla navideña saliendo de altavoces invisibles, comercios abarrotados, paisanos y paisanas arrastrando bolsas con paquetes envueltos en papeles de colores. He dado una vuelta por la plaza de abastos. Me gusta. Siempre que visito una ciudad intento ver su plaza de abastos. Ver lo que se come en cada sitio da mucha información sobre cómo es la gente de ese lugar. Excepto en navidad: en navidad aparecen cosas inverosímiles —como lichis, carambolos, pitahayas, aves exóticas y reducciones de Cruzcampo, por ejemplo—. Y aparecen todas, simultáneamente, en todos los lugares.

Luego me he sentado en la plaza a tomar un café mientras pensaba en eso. Que en navidad aparecen las mismas cosas en todos los lugares. Que la navidad no deja de ser, también, una especie de no lugar, como las terminales de aeropuerto, o las salas de espera de los hospitales, que comparten el 99% de su carga genética, indistintamente de si estás en Noruega o en Sebastopol. No hablo ni siquiera de la obligación casi gubernamental de estar feliz y hacer el bien, y demás zarandajas, sino únicamente del envoltorio. No está bien, eso. Sí, ya sé que cada lugar tiene sus particularidades, pero cada vez son más minúsculas e inadvertidas. No sé si eso tiene nombre, porque igual no es sólo la navidad, sino todo el año que se aplana y se homogeniza.

Pero es contradictorio: me gusta más el rocanrol que el ball de gralles, por ejemplo, y todos tenemos tejanos en el armario. La contradicción si me gusta. Y tiene un nombre muy bonito. Feliz víspera de víspera (creo que es mejor que "Feliz lo que sea").

CALENDARIO DE ADVIENTO, 24/12/2019 (fin).

Bueno... hasta aquí hemos llegado. Veinticuatro días explicando anécdotas, tonterías, como si fueran veinticuatro puertecitas de un calendario de adviento. Serán los días, los anuncios, las películas, los libros... yo que sé.

Pero bueno, aquí se acaba, cómo decía. No ha estado mal. Lo mejor es que, gracias a escribir todas estas nimiedades, he logrado saber un poco más de un tipo al que conozco desde siempre. Creedme, es un buen tipo, aunque a veces se esconde. Se esconde tras una montaña de carne, en una pared de modestia, a veces se calla cuando toca hablar, incluso muchas veces dice "no sé" para no parecer pedante. Es un buen tipo que no se toma en serio. O no demasiado. Un tipo que muchas veces piensa que cuidar a los demás excluye cuidarse a sí mismo. Un tipo que cuenta, pero que, la mayoría de las veces, no se da cuenta. En serio, todos estos días escribiendo este calendario me han ayudado a conocerle un poco mejor. No sé si servirá para algo. No sé.

Claro: yo soy ese tipo. Y si escribir esto, más allá de todo divertimento, ha servido un poco, me vale. Disculpas por la turra diaria. Que tengáis, dentro de vuestras posibilidades, unas buenas fiestas, que abracéis mucho, que hagáis lo que os dé la gana sin que nadie os toque demasiado las narices y que, de vez en cuando, entréis en una librería y compréis un libro de poesía.

Ya nos tomamos algo cuando nos veamos (no, una Cruzcampo, no).